

—Así no se atreverán á disparar — repetía ella.
Y él, con repentina y apasionada ternura, la tomó en sus brazos y murmuró:

—Aunque nos maten, ¿qué importa?

Redwood siguió estrechándola fuertemente, y durante un momento permanecieron como embelados.

Luego, asidos de la mano, y ella esforzándose en cubrir con su cuerpo el de su novio, siguieron andando apresuradamente en dirección al campamento, refugio que habían construído los hijos de Cossar para el caso de que arreciase la persecución de la gente menuda.

Al atravesar los grandes terrenos del parque que estaba detrás del castillo, vieron salir muchos ginetes de entre los árboles, los cuales, poniendo sus caballos al galope, trataban, en vano, de igualar su paso con el de los gigantes. Y luego se encontraron con muchos hombres con fusiles que salían corriendo de sus viviendas.

Al ver esto, Redwood trató de seguir adelante, de luchar y vencer los obstáculos, pero ella le hizo volver hacia el Sur. Mientras huían, silbó una bala por encima de sus cabezas.



Caddles en Londres.

CAPITULO III

EL JOVEN CADDLES EN LONDRES

I

Ageno á los sucesos, desconocedor de las leyes que iban á pesar sobre sus hermanos, y aun sin saber que los tuviera, llegó un momento en que el joven Caddles se decidió á dejar la calera y ver mundo. Sus reflexiones tuvieron término al ver que nadie satisfacía á sus preguntas en Cheasing-Eyebright, por ser el nuevo vicario menos avisado aún que su antecesor, y que el hecho de trabajar sin fruto tomó tales proporciones, que acabó por exasperarle.

—¿Por qué he de trabajar yo en esta calera un día y otro? — se preguntó Caddles; — ¿por qué ha de haber límites para mí por todas partes y no he de gozar de maravillas, que hay más allá de esos límites? ¿Qué he hecho yo para verme castigado de tal modo?

Y un día se levantó, enderezó el cuerpo, y dijo:
10. — TOMO II.

—¡No, no aguanto más! — y maldijo con toda su alma el horno.

Su espíritu indisciplinado trató después, de traducir en actos su pensamiento. Cogió una vagoneta semillena de cal y, levantándola en alto la arrojó sobre otra: después cogió una hilera de vagonetas vacías y las echó por un terraplén abajo, arrojando sobre ellas un gran bloque de cal, y, por último, destrozó, con sus pies enormes, una docena de metros de vía férrea. De tal modo empezó Caddles á destruir la calera.

—¡Pasarme toda la vida trabajando en esto! —murmuró.

Los cinco minutos de energía que Caddles invirtió en hacer aquel destrozo, fueron cinco minutos de pasmo para un geólogo que por allí andaba sin que Caddles le hubiera visto, sumido en su preocupación. El pobrete, que libró milagrosamente de ser cojido por los bloques de cal, escapó por el lado Oeste, atravesó la colina corriendo con las pantorrillas al aire y los faldones dándole en la parte posterior, y dejando un reguero de fósiles detrás de sí, en tanto que Caddles, satisfecho de su obra de destrucción, se marchaba para realizar su proyecto de ver mundo.

—¡Trabajar sin descanso en ese horrible horno, hasta que me muera y me pudra en él!... ¿Qué gusano creerán que vive en este cuerpo de gigante? ¡Extraer cal para cualquier objeto estúpido! No seré yo quien la saque.

OBRAS Á 2 PESETAS TOMO

HERIBERTO JORGE WELLS.

La visita maravillosa.
El hombre invisible.
Anticipaciones.
Los primeros hombres en la Luna.
El amor y el señor Lewisham.
Ruedas de fortuna.
Cuando el dormido despierte.
El Alimento de los Dioses.

CARLOS OSORIO GALLARDO.
¿Cómo debo conducirme en Sociedad?
El arte de bien comer.

MATILDE SERAO.

Historia de dos almas.

VIRGINIA GIL DE HERMOSO.

Incurables

L. ALBERT

De mi jardín.

E. LACOMBE.

Estudios económicos.—La cuestión de los cambios.

Diccionarios

Español-Francés.	1'50 pesetas
Franqués-Español.	1'50 »
El mismo, encuadernado á la inglesa.	2 »
Los dos tomos en un volumen encuadernado en tela á la inglesa.	4 »
Español-Inglés.	1'50 »
Inglés-Español.	1'50 »
Encuadernado á la inglesa.	2 »
Los dos tomos en un volumen encuadernado en tela á la inglesa.	4 »

El camino, la vía férrea ó la casualidad, lo encaminaron á Londres, y allí llegó, paso tras paso, y cruzando dunas y praderas, en una ardorosa tarde y con pánico de todo el mundo. No tuvieron para él significación alguna los anuncios rojos y blancos, llenos de nombres, que azotaban las paredes: nada sabía de la revolución electoral que había empujado hasta el poder á Caterham, á «Jack el matador de gigantes»; para él no tenían sentido los úkases de Caterham, expuestos en grandes cartelones en cuantas inspecciones de policía encontró al paso, disponiendo que ningún gigante ni persona que tuviera más de ocho pies de estatura, pudiera separarse á más de cinco millas del punto de su residencia, sin permiso especial; como tampoco le hizo efecto que policías retrasados, y contentos de su retraso le hicieran señas con manos y bastones, señas amenazadoras á espaldas suyas. El quería ver mundo; cuanto hubiera que ver en él. Pobre hombre embrutecido é incrédulo, no pudo figurarse que las personas que le gritaban pudieran obligarle á detenerse. Caddles bajó por Rochester y Greenwich, hacia una aglomeración de casas, cada vez más densa, y bajó despacio, mirándolo todo y jugando con su inmensa porra.

La gente de Londres le conocía ya de oídas: se decía de él que era idiota, pero inofensivo, y que había sido dirigido admirablemente por el agente de lady Wondershoot y por el vicario, y de tal

modo que veneraba, á su manera estúpida á dichas autoridades y que les estaba reconocido por los cuidados que habían tenido de él, y otras cosas por el estilo. Así es que cuando se supo por los sueltos de los periódicos que el gigante Caddles se había declarado también «en huelga», la cosa pareció á muchos un acto deliberado y concertado de antemano.

—Piensa probar nuestras fuerzas — decían los empleados de los trenes al regresar á sus casas terminadas sus tareas.

—Afortunadamente tenemos á Caterham.

—Pero esta oposición de los gigantes parece una respuesta á su proclama.

Los miembros de los clubs estaban mejor informados. Se apiñaban junto á los últimos telegramas ó hablaban en grupos en las salas de fumar.

—El joven no lleva armas. Hubiera llegado á Sevenoaks si se hubiera empeñado.

—Ya lo arreglará Caterham.

Los tenderos se lo contaban á sus parroquianos; los camareros en los restaurants echaban un vistazo á los periódicos entre dos servicios: los cocheros leían la noticia, y se enteraban de las últimas apuestas.

En el periódico oficioso del Gobierno, que salía de noche, se veían grandes titulares que decían: *¡Arrancad la ortiga!* Otros hacían efecto con *El gigante Redwood sigue citándose con la princesa.*

Publicó *El Eco* un suelto de los suyos, que decía: *Rumores de una revolución de gigantes en el Norte de Inglaterra. Los gigantes de Sucerland en Escocia. La Gaceta de Westminster* dió su acostumbrado grito de alarma diciendo *¡Cuidado con los gigantes!*, y trató de dar una solución que pudiera unir al partido liberal en aquel tiempo muy disgregado por el gran egoísmo de sus siete jefes. Los últimos periódicos se hicieron ya monótonos; decían: *El gigante de la carretera de New Kent.*

—Lo que yo desearía saber es por qué no se tienen noticias de los Cossar, que se supone que son los principales instigadores — decía el joven pálido de la tienda de té.

—Aseguran que hay otro gigante que anda suelto — añadió la camarera, mientras limpiaba un vaso. — Yo siempre afirmé que era peligroso que los dejaran en libertad: desde el principio debieron haber puesto coto á todo esto... ¡Quiera Dios que no venga por aquí!

—Pues yo quisiera echarle un vistazo — dijo un joven que había junto al mostrador. — ¡He visto á la princesa!

—¿Cree usted que le harán daño? — preguntó la camarera.

—Quizá tengan que hacérselo por fuerza — respondió el joven del mostrador echando el último trago.

Y así, entre millares de estos y parecidos murmullos entró Caddles en Londres.

II

Recuerdo siempre á Caddles tal como se le vió en la carretera de New Kent, á la luz del sol poniente que enrojecía su perpleja y curiosa fisonomía. La carretera estaba animadísima: ómnibus, tranvías, carretas, coches, trolleys, ciclistas, automóviles, y una gran muchedumbre de desocupados, mujeres, niñeras, vendedores, y atrevidos muchachuelos, rodeaban los descomunales pies del gigante.

Inmenso murmullo se elevó hasta él. Se vió entonces salir hasta de las puertas de las tiendas á los tenderos y á sus parroquianos y llenarse las ventanas de cabecitas; los chiquillos callejeros corrían gritando, los polizontes tomaban la cosa con la mayor gravedad y tiesura, los obreros subíanse á los andamios, y, en fin, toda la hirviente mezcla de la gente microscópica gritaba y le insultaba; pero él, entontecido, oía y miraba con verdadera curiosidad aquel hervir de criaturitas vivientes en tanto número como nunca creyó que pudiera haber en el mundo.

Ya en Londres tuvo que ir acortando el paso cada vez más, pues la gente menuda le envolvía. La muchedumbre se hacía cada vez más densa, y, por fin, en una esquina en que convergían dos grandes vías tuvo que detenerse, rodeado, y encerrado entre las masas.

Allí se paró con los pies un poco separados, y se apoyó en un palacio grandísimo que tenía altura doble de la suya y que terminaba en elevadas torres. Desde lo alto de su estatura contemplaba á los pigmeos, y, maravillado, trataba, sin duda, de compaginar todo aquello con cuanto le había ocurrido en su vida, con el valle de tierras bajas, con los amoríos nocturnos, con el canto de la iglesia y con la cal que había sacado del horno á diario. Tratando de reunirlo todo y de darle coherencia y significación, arrugó el entrecejo, se rascó la revuelta cabellera con su manaza, y lanzó un hondo suspiro.

—No lo entiendo, no veo — dijo.

Su acento era extraño. Una enorme ola de sonidos heterogéneos llenaba el espacio, y se notaba, dominando el tumulto, el agudo timbre de los tranvías que pasaban por entre las masas siguiendo su camino obstinadamente y asemejando rojas amapolas entre trigo.

—¿Qué ha dicho? ¿Dice que no ve? ¿Pregunta que dónde está el mar, que dónde hay un asiento? ¿Quiere sentarse? Que se siente el bobo encima de una casa, ó donde quiera.

—Pero, ¿para qué servís, hervidero de gente-cilla? ¿Qué hacíais aquí hormiguero de criaturas, mientras yo sacaba la cal para vosotros en el pozo de la calera?

Su voz rara, que tan en oposición había estado con la disciplina de la escuela de Cheasing Eye-bright, hizo un momento el silencio entre la muchedumbre, que luego se revolvió tumultuosamente. Hubo algunos graciosos que chillaron:

—¡Que hable, que hable!

—Pero, ¿qué está diciendo?

Esto era la obsesión de la muchedumbre, y se extendió la opinión de que el gigante estaba borracho.

—¡Hi, hi, hi! — gritaban los conductores de los ómnibus abriéndose camino.

Un marinero americano, borracho, andaba dando vueltas y preguntaba con voz de caña cascada:

—¿Qué es lo que quiere ese hombre?

Un trapero con cara de pergamino consiguió dominar desde su carrito el tumulto, gracias á su potente voz, y dijo:

—¡Véte á tu casa, endemoniado gigante! ¡Vuelve adonde has venido, maldito monstruo! ¿No ves que asustas los caballos? ¡Largo de aquí! ¿Pero no hay nadie con sentido común que te haga comprender las leyes?

Y entre semejante barullo se hallaba Caddles perplejo, con la vista fija y expectante, sin decir ya ninguna palabra.

Por una calle lateral bajaba toda una hilera de polizontes abriéndose camino ingeniosamente por entre aquel gentío.

—¡Atrás, y no interrumpas la circulación! — dijeron las vocecillas de los recién llegados.

El joven Caddles notó entonces una oscura figurilla que le aporreaba los tobillos. Incluyó la vista y vió que gesticulaban dos manos con guantes blancos.

—¿Qué? — preguntó bajándose cuanto pudo.

—Aquí no puedes estar parado — le dijo á gritos el polizonte. — Véte, no puedes seguir aquí — repitió.

—Pero, ¿adónde he de ir?

—Vuélvete á tu pueblo, que es el sitio de tu residencia, ó adónde quieras; pero, ¡largo de aquí, que estás obstruyendo el paso!

—¿Qué paso?

—El de esta calle.

—Pero, ¿de dónde viene y adónde va? Y ¿qué significa esto? ¡Todos me rodean! ¿Qué quieren de mí? ¿Qué hacen? Yo quiero saberlo. ¡Ya estoy cansado de sacar cal del horno y de estar solo! ¿Qué hacen ellos por mí, mientras yo trabajo para ellos? Quiero comprender todo esto, y lo mismo me da que sea aquí, ahora, ó que sea después en otro lado.

—Lo siento, pero nosotros no estamos aquí para dar esas explicaciones sino para obligarte á que eches á andar.

—¿Pero usted no lo sabe?

—Te digo que andes para adelante... Y te amonesto y aconsejo que te vuelvas á tu pueblo. No tenemos aún órdenes especiales; pero eso es contra la ley. Con que ¡largo! y ¡de prisita!

El terreno se despejó á su izquierda y Caddles echó á andar con lentitud, aunque repitiendo continuamente:

—¡No lo entiendo, no lo entiendo!

Se volvía en ademán suplicante á la gente que le seguía ó le acompañaba, y que se renovaba á cada instante.

—No sabía yo que hubiera lugares como este ¿Qué hacen ustedes tantos como son? ¿Para que sirve todo esto? ¿Para qué?

La presencia de Caddles en Londres había puesto de moda una nueva frasecita, y los señoritos de ingenio y gracia se saludaban de esta manera:

—¿Eh, Arry O'Cock? ¿Qué es esto y para qué sirve todo esto?

Y surgió una variedad de respuestas, por lo común descorteses; las más de ellas populares y adaptadas al uso fueron:

—¡Que lo encierren!...

O, con tono de solemne desprecio:

—¡Largo!...

Y otras muchas igualmente populacheras y zafias.

III

¿Qué buscaba el gigante? Indudablemente algo que aquel mundo de pigmeos no pudo darle; el conocimiento de un fin que no le permitieron alcanzar evitando que llegara á comprenderlo. Todos los sentimientos sociales, es decir, todo lo que en aquel monstruo clamaba por su razón, por seres semejantes suyos, por algo análogo que amar y alguien parecido á quien servir, por un objeto que pudiera él comprender y por leyes que acatar, todo quedó sin explicación, como un enigma indecifrible para el infortunado Caddles. Y como Caddles era estúpido, todo aquello batallaba estúpidamente en su interior; así es que, aunque hubiese encontrado un semejante suyo, no hubiera podido expresar lo que sentía ni hubiera dado sentido á su palabra. Todo lo que él sabía de la vida estaba reducido al curso monótono del pueblo; todas las conversaciones que había oído eran la charla de su cabaña, que no le servía, y que resultaba incapaz para esbozar la menor de sus necesidades gigantescas. El pobre simple ni siquiera conocía el dinero: no entendía nada de comercio ni de las

complejas pretensiones en que se funda la fábrica social de la gente menuda. Caddles necesitaba algo, ¿qué duda cabe?

Pero aquella necesidad no llegó á verse satisfecha.

Se llevó todo el día y toda la noche andando, y tuvo hambre; pero no se cansó de ver el tráfico variadísimo de las diferentes calles que recorría, ni el inexplicable ir y venir de aquellos seres pequeñísimos.

En conjunto, no había para él sino confusión. Durante una hora estuvo viendo una masa de gente agitarse en Picadilly para conseguir un asiento en los ómnibus; después se le vió en Kensington, por la tarde, donde contempló millares de almas ocupadas en los incidentes del cricket, sin hacer el menor caso, por lo que se fué de allí lanzando un gemido. Y se dice que en Kensington sacó á una dama de su propio carruaje, la cual iba vestida con elegantísimo traje de baile; que la examinó con la mayor atención, y que después de contemplarle la cola, la espalda y la contraespalda, la volvió á dejar en su sitio, exhalando un suspiro muy hondo; pero de este hecho no me atrevo á responder.

Entre once y doce de la noche volvió á Picadilly, donde encontró una muchedumbre nueva. Caddles la veía dispuesta á hacer cosas que su razón no alcanzaba y á dejar de hacer otras por la misma causa. La multitud miraba al gigante un

momento: le vitoreaba, y pasaba de largo. Los simones de ojos de águila se seguían uno á otro formando cadena, culebreando y bordeando las aceras.

La gente entraba ó salía de los restaurants, ora grave y digna, ora agradablemente excitada, ó bien dejando ver que su astucia iba más allá de las agudas estratagemas de los camareros.

El gigante, apoyado en una esquina, lo veía todo, lo contemplaba todo.

—Y ¿á qué viene todo esto? — murmuraba en voz baja y triste. — ¿Qué objeto tiene? ¡Todos parecen tomarlo en serio! ¿Qué es y por qué no lo entiendo yo?

Y nadie parecía ver, como veía él, la miseria de las borrachas pintarrajeadas que pululaban por las esquinas, ni los haraposos y hambrientos que se arrastraban por el arroyo, ni la infinita mezquindad de todo aquello. ¡Sí, la infinita mezquindad! Ninguno de ellos parecía sentir, ni por asomo, la necesidad que aquel gigante sentía, la idea del porvenir abierto á su camino.

Por encima de la calle, en lo alto, brillaban letreros misteriosos que aparecían y desaparecían, y los cuales, si él hubiera podido leerlos, le habrían hecho calcular las dimensiones de los intereses humanos, le hubiesen explicado las necesidades fundamentales y los modos de vivir tales como los comprende la gente menuda. Primero, vió una T

flamígera, luego siguió una *U*, luego una *P*: TUP... Hasta que vió completo, brillando en el cielo, el alegre mensaje para todos los que sientan la carga de la seriedad de la vida:

Tupper, vino tónico para obtener vigor.

Y ¡zás! desapareció en la obscuridad de la noche, para ser substituída, del mismo modo lento, por otra segunda llamada á la atención universal:

Jabón Belleza

No eran, como se habrá podido observar, productos químicos á propósito para el aseo, sino algo *ideal*, según ellos. Y luego, seguía el trípode de la vida minúscula con

Pildoras amarillas de Yanker

Después volvió á resplandecer en el vacío el *Tupper* con rojas letras de llamas.

En las primeras horas de la madrugada llegó Caddles sombrío, pero sosegado, á Regent's Park. Pasó la verja y se echó sobre la hierba, cerca del estanque de patinar, y allí durmió una hora. A eso de las seis de la mañana habló con una mujer des-arrapada que encontró durmiendo en una zanja, cerca de Hampstead Heath, y le preguntó con seriedad, para qué creía vivir ella en el mundo.

IV

Los paseos de Caddles por Londres terminaron en la mañana del segundo día.

Se sintió acosado por el hambre, y al pasar junto á un carro que estaba cargado de hogazas de pan caliente, dióle el olor en la nariz, y arrodillándose, sin hablar palabra, fué sacando las hogazas del carro, en tanto que el panadero corrió á dar parte á la policía: metió luego su manaza en la tienda y dejó limpios el mostrador y la anaquelera. Siguió después llevando en el brazo algunos panes, en busca de otra tienda con objeto de completar la ración. Era época de carestía, y la gente del barrio simpatizó con el gigante, por aquello de que se hacía dueño de lo que todos necesitaban: la gente aplaudió, pues, la segunda fase de su comida, y se rió del estúpido gesto con que el gigante acogió al polizone.

—¡Tenía mucha hambre! — dijo á éste con la boca llena.

—¡Bravo, bravo! — gritaron los espectadores.

Luego quiso saquear la tercera panadería, pero se lo impidieron media docena de agentes, golpeándole en las piernas con fuertes garrotes.

—Oye, buen mozo — le dijo el jefe, — te vas á venir conmigo: no se te permite que andes fuera de tu casa de ese modo: te llevaré á tu pueblo.

Los polizontes hicieron cuanto pudieron para prenderle. Me contaron que un grupo de polizontes, á quienes seguía un carromato cargado de cadenas y de cables, anduvo galopando por las calles, arriba y abajo, para conseguir encadenarlo. Entonces nadie pensaba en matar al gigante.

—Este no toma parte en el complot — había dicho Caterham. — Y no quiero que por mí se derrame sangre inocente.

Y luego añadió:

—Hay que agotar hasta el último recurso.

Al principio, no comprendió Caddles la importancia de aquellas maniobras, y cuando la entendió dijo á los polizontes que *no fueran tontos*, y en cuatro saltos se puso fuera del alcance de ellos. Las panaderías estaban en Harrow Road, y él atravesó el canal de Londres hasta el bosque de San Juan.

Allí se sentó en un jardín particular, y se puso á mondar los dientes con toda tranquilidad; pero se vió molestado poco después por otro pelotón de polizontes.

—Déjenme ustedes en paz — gruñó el gigante.

Y atravesó los jardines, estropeando varios maizos y arrancando alguna que otra verja; pero los enérgicos polizontes le seguían, unos á través



Los pigmeos contra el gigante.

de los jardines y otros por la carretera bordeando las casas. Allí había uno ó dos apostados con fusiles, de los cuales no hicieron uso. Cuando Caddles entró en la carretera de Edgware, se dió una nueva nota y hubo un nuevo movimiento en el gentío; un polizonte montado pasó con su caballo por encima del pie del gigante, y éste le recompensó derribándole en tierra.

—¡Que me dejen ustedes en paz!—repitió Caddles haciendo frente á la anhelante muchedumbre. —¡Yo no les he hecho nada!

En aquel momento estaba sin armas, pues se había dejado su hacha de cortar cal, en el parque. Pero, el infeliz, comprendiendo entonces la falta de ellas, volvió á los almacenes del ferrocarril del Oeste, y arrancando el poste de uno de los arcos voltáicos de la luz eléctrica, hizo de él una terrible arma de combate, que cargó á sus espaldas, y al observar que la policía continuaba allí con la intención de molestarle, volvió á tomar la carretera de Edgware hasta Cricklewood y marchó en dirección al Norte. Siguió andando hasta Waltham, pero dió vuelta al Oeste y se encaminó de nuevo á Londres, pasando por los cementerios y las cimas de Highgate. Al mediodía, se halló en presencia de la maravillosa grandeza de la capital.

Caddles se sentó en el suelo de un jardín y apoyó la espalda en una casa que dominaba toda la ciudad. Estaba jadeante, su cara era sombría,

y la gente no se atrevía ya á cercarle como cuando entró por primera vez en Londres, sino que le observaba desde los huertos inmediatos y le contemplaba desde lugares seguros.

Todos sabían ya que la cosa era más seria de lo que habían creído.

—¿Por qué no han de dejarme tranquilo? — murmuraba el pobre Caddles. — Yo necesito comer... ¿Por qué no me dejan en paz?...

Estaba acurrucado, serio, royéndose los nudillos y mirando á la capital. Todas sus fatigas, todas sus molestias y perplejidades y toda la rabia impotente que habían excitado sus caminatas iban subiéndosele á la cabeza.

—¡Ellos no me quieren decir nada! — decía. — ¡Y, sin embargo, no me dejan tranquilo, me estorban y me impiden el paso!

Y repetía sin cesar, en voz baja, hablando consigo mismo:

—¡No indican nada! ¡Puf, qué gentecilla esta!

Hincaba los dientes de nuevo en sus nudillos, y sus gruñidos eran cada vez más sordos.

—¡Y he de sacarles yo cal de la calera! ¡Y todo el mundo les pertenece! ¡Y yo no puedo penetrar en ese mundo por ningún lado!

De pronto, vió con rabia la figura, ya familiar para él, de un polizonte, que estaba montado sobre la valla del jardín.

—¡Déjeme usted en paz! — gruñó el gigante. —Déjeme usted en paz, le digo...

—Yo tengo que cumplir con mi deber — contestó el diminuto policía con la faz lívida, pero con tono resuelto.

—¡Que me deje usted tranquilo! Yo tengo que vivir lo mismo que ustedes... Yo quiero pensar, yo quiero comer... Conque déjame en paz.

—Es la ley quien lo ordena — replicó el diminuto polizonte sin avanzar. — Nosotros no hemos hecho la ley.

—Ni yo tampoco — contestó Caddles. — Todo lo han hecho ustedes, la gente menuda antes de que yo naciera. ¡Qué me importan ustedes, ni sus leyes, ni lo que yo debo ó no hacer! Para mí no hay alimento, sino trabajo como si fuera un esclavo; para mí no hay albergue ni descanso... ¡Y aún viene usted á decirme que!...

—Nada tengo que ver con eso — dijo el polizonte, — yo no estoy aquí para entablar discusiones, sino para hacer cumplir las leyes.

Caddles pasó la otra pierna por encima de la pared y se dispuso á bajar. Tras él aparecieron más polizontes.

—Yo no he iniciado esta lucha con ustedes, acuérdense de ello — dijo Caddles empuñando con fuerza una maza de hierro: — yo no he empezado la lucha; conque así, déjenme ustedes en paz.

El polizonte, á pesar de columbrar una escena horriblemente trágica, hizo prodigios de serenidad.

—Déme usted la orden — dijo á uno que per-

manecía oculto, el cual le entregó un papelito blanco.

—Déjeme usted en paz — gruñó Caddles retrocediendo y agachándose.

—Este papel ordena que te vuelvas á la calera, con que así, vete por buenas, si no quieres ir por malas.

Caddles siguió gruñendo: el inspector leyó la orden é hizo luego una seña: en el acto se presentaron cuatro hombres armados de fusiles, que tomaron posiciones á lo largo de la pared. Caddles se enfureció al ver los fusiles, pues recordó los tiros de las escopetas de los labradores de Wreckstone.

—¿Van ustedes á disparar contra mí? — preguntó.

—Así se hará — dijo el inspector que lo creyó asustado, — si no te vuelves á tu calera en seguida.

El inspector trató de saltar la pared de nuevo, y en el momento, y desde una altura de treinta metros, cayó sobre él un poste eléctrico dejándolo hecho una tortilla.

Tronaron los fusiles, y volaron la valla, el suelo y el subsuelo. Algo más voló también salpicando de líquido rojo las manos de uno de los tiradores: éstos iban de un lado para otro disparando sus armas con arrojo. Caddles, atravesado ya por dos balas, dió una vuelta en redondo con objeto de averiguar quién era el que le había pegado en la es-

palda con tanta fuerza, y por un instante pasaron ante sus ojos las casas, los invernaderos, los jardines y las personas que le observaban desde las ventanas: todo giraba en su retina de una manera misteriosa y terrible. Dió unos traspies; levantó y volvió á dejar caer la maza, y se echó una mano al pecho. El dolor le había puesto desfigurado. ¿Qué era aquello rojo y húmedo que manchaba su mano?

Uno, que le atisbaba desde un ventanillo, observó en su cara y en su mirada fija, la expresión del desaliento producida por la impresión de la sangre que cubría sus manos... Luego se le doblaron las piernas y cayó en el suelo estrepitosamente. ¡Fué la primera de las ortigas gigantescas descuajada por la mano vigorosa de Caterham, y la que menos creyó éste tener en su poder!